

KURT VONNEGUT

Cuna de gato



Tras 250.000 cigarrillos, dos matrimonios y la muerte de su gato, a John —un periodista que quiere ser llamado Jonás— sólo le queda un proyecto: escribir un libro titulado «El día del fin del mundo», en el que contará qué hacían los americanos ilustres mientras estallaba la bomba atómica sobre Hiroshima. Y para comenzar, ¿quién mejor que el doctor Félix Hoenikker, justamente considerado el «padre de la bomba»? Hoenikker ya ha muerto, pero ha dejado tres hijos, y la leyenda de otro provechoso descubrimiento: el «hielo-nueve», que transforma todo lo que es líquido en sólido... Jonás seguirá el rastro de los elusivos chicos Hoenikker —Newt, un enano; Angela, una gigante desdichada, y Frank, un creador de utopías— y los encontrará, por fin, en una isla del Caribe, la República de San Lorenzo, mucho más parecida a Disneylandia que a las democracias europeas. En San Lorenzo, «papa» Manzano es el dictador, Frank Hoenikker su «eminencia gris» y Bokonon Johnson, un antiguo levantador de pesas, el sumo sacerdote y creador de una peculiarísima religión, el «bokononismo», cuyo libro sagrado se inicia con esta frase: «Nada de lo que se dice en este libro es verdad».

*A Kenneth Littauer,
un hombre valiente y de buen gusto.*

En este libro nada es verdad.
«Vive de las foma^[1] que te hacen valiente
y bueno y saludable y feliz.»

Los libros de Bokonon 1: 5

1

El día del fin del mundo

Llamadme Jonás^[2]. Mis padres me llamaban así, o casi. Me llamaban Juan.

Jonás —Juan—, aunque hubiese sido Samuel, habría seguido siendo igualmente Jonás, no porque yo haya sido causa de mala suerte para otros, sino porque alguien o algo me ha forzado a estar sin falta en determinados lugares a determinadas horas. Se me han facilitado transportes y motivos, tanto convencionales como raros. Y, según estaba planificado, en el segundo señalado y en el lugar señalado, este Jonás estaba siempre presente.

Escuchad:

Cuando era más joven, hace dos esposas, hace doscientos cincuenta mil cigarrillos y más de tres mil litros de alcohol...

Cuando era mucho más joven aún, empecé a reunir material para un libro que iba a llamarse *El día del fin del mundo*.

El libro iba a basarse en hechos reales.

El libro iba a ser un informe acerca de lo que algunos americanos importantes habían hecho el día en que se lanzó la primera bomba atómica sobre Hiroshima, Japón.

Iba a ser un libro cristiano. Por aquel entonces yo era cristiano.

Ahora soy bokononista.

Y por aquel entonces habría sido bokononista si hubiera habido alguien que me hubiese enseñado las agridulces mentiras de Bokonon. Pero el bokononismo era algo desconocido más allá de las playas de guijarros y los cuchillos de coral que rodean esta pequeña isla del Mar Caribe, la República de San Lorenzo.

Nosotros, los bokononistas, creemos que la humanidad se organiza en equipos, equipos que hacen la Voluntad Divina, sin descubrir jamás qué es lo que hacen. Bokonon llama *karass* a tales equipos, y el medio, el *kan-kan*, que me condujo hasta mi *karass* fue el libro que no terminé nunca, el libro que iba a llamarse *El día del fin del mundo*.

2

Bien, bien, muy bien

«Si ves que tu vida se complica con la vida de otra persona por motivos no muy lógicos —escribe Bokonon—, puede que esa persona sea un miembro de tu *karass*.»

En otro pasaje de *Los libros de Bokonon*, Bokonon nos dice: «El Hombre creó el tablero de damas. Dios creó el *karass*.» Con ello quiere decir que un *karass* no conoce limitaciones, tanto de clase, como familiares, profesionales, institucionales o nacionales.

La forma de un *karass* es tan libre como la de una ameba.

En su «Quincuagesimotercer calipso», Bokonon nos invita a cantar con él:

Oh, un borracho durmiendo
Hay en Central Park
Y un cazador de leones
En la oscuridad tropical
Y un dentista chino
Y la reina británica
Todos juntos se acoplan
En la misma máquina
Bien, bien, muy bien
Bien, bien, muy bien
Bien, bien, muy bien
Gente tan variada

En la misma maquinaria

3

Una locura

Bokonon no nos previene en ninguna parte contra el hecho de que una persona intente descubrir los límites de su *kara* y la naturaleza de la labor que Dios Todopoderoso le tiene asignada. Bokonon sólo apunta que tales indagaciones están predestinadas a ser incompletas.

En la parte autobiográfica de *Los libros de Bokonon*, escribe una parábola sobre la locura de pretender descubrir o comprender:

Una vez conocí en Newport, Rhode Island, a una dama episcopaliana que me pidió que diseñara y construyera una caseta para su gran danés. La dama afirmaba comprender perfectamente a Dios y Sus Modos de Obrar. Y no comprendía que alguien pudiese sentirse perplejo ante lo que había existido o lo que iba a existir.

Sin embargo, cuando le enseñé un anteproyecto de la caseta de perro que me proponía construir, me dijo: «Lo siento, pero nunca he sabido leer una cosa de esas.»

«Déselo a su marido o a su pastor para que se lo pase a Dios —dije yo—, y cuando Dios tenga un minuto, seguro que le explica esta caseta de perro de tal modo que hasta usted lo pueda entender.»

Me puso de patitas en la calle. Nunca la olvidaré. La dama creía que Dios prefería a la gente de los veleros antes que a la gente de las lanchas. No podía soportar ver un gusano, y cuando veía uno, gritaba.

Era una insensata, como yo, e igual que cualquiera que crea ver el Hacer de Dios (escribe Bokonon).

4

Una maraña de hilos provisional

Sea como fuere, en este libro me propongo incluir a tantos miembros de mi *karass* como sean posibles, y mi intención es examinar todos los indicios convincentes que den cuenta de lo que nosotros, colectivamente hablando, hemos andado haciendo en la Tierra.

No me propongo que este libro sea un tratado en defensa del bokononismo. Sin embargo, me gustaría hacerles una advertencia bokononista acerca del bokononismo. La primera frase de *Los libros de Bokonon* es esta:

«Todas las cosas verdaderas que estoy a punto de contarles son una insolente mentira.»

Mi advertencia bokononista es esta:

Aquel que no sea capaz de comprender que una religión útil pueda estar basada en mentiras, tampoco comprenderá este libro.

Así sea.

Volvamos entonces a mi *karass*.

Con toda seguridad incluye a los tres hijos del doctor Felix Hoenikker, uno de los así llamados «padres» de la primera bomba atómica. El mismo doctor Hoenikker era sin duda un miembro de mi *karass*, aunque estuviese ya muerto antes de que mis *sinoocas*, los hilos de mi vida, empezaran a enredarse con los de sus hijos.

El primero de sus herederos en ser alcanzado por mis *si-nookas* fue Newton Hoenikker, el menor de los tres hijos y el menor de los dos varones. A través de la revista de mi hermandad de estudiantes, *The Delta Upsilon Quarterly*, me enteré de que Newton Hoenikker, hijo del Premio Nobel de Física Felix Hoenikker, había sido aceptado en la misma división de la hermandad que yo, la División Cornell.

De modo que le escribí a Newt esta carta:

«Apreciado Mr. Hoenikker:

»O debería decir: ¿Apreciado *Hermano* Hoenikker?

»Soy un miembro de la Delta Upsilon Cornell que ahora se gana la vida como escritor independiente. Estoy reuniendo material para un libro acerca de la primera bomba atómica. Su contenido se ceñirá a los sucesos que tuvieron lugar el 6 de agosto de 1945, el día en que se lanzó la bomba sobre Hiroshima.

»Dado que se reconoce en general a su difunto padre como uno de los principales creadores de la bomba, apreciaría sobremanera cualquier anécdota que pudiese usted procurarme sobre la vida en casa de su padre el día en que se lanzó la bomba.

»Lamento decirle que no tengo tantos conocimientos respecto a su ilustre familia como debiera, por lo cual no sé si tiene usted hermanos o hermanas. En caso de que sí tenga usted hermanos o hermanas, me complacería mucho tener sus direcciones para poder remitirles peticiones similares.

»Sé que era usted muy pequeño cuando se lanzó la bomba, lo cual es aún mejor. Mi libro resaltará el lado *humano* de la bomba, más que el *técnico*, de modo que los recuerdos de aquel día vistos a través de los ojos de un "bebé", si me disculpa usted la expresión, encajarán perfectamente.

»No se preocupe usted por el estilo o la forma. Deje todo eso en mis manos. Usted sólo deme los datos mundos y lirondos de su historia.

»Ni que decir tiene que le presentaré la versión definitiva para que dé usted el visto bueno antes de su publicación.

Fraternalmente suyo.»

5

Carta de un estudiante del curso preparatorio de medicina

A la que Newt respondió:

«Lamento haber tardado tanto en contestar a su carta. El libro que está usted escribiendo da la impresión de ser muy interesante. Yo era tan pequeño cuando se lanzó la bomba que no creo que le sea de mucha ayuda. La verdad es que debería usted preguntar a mi hermano y a mi hermana, que son mayores que yo. Mi hermana es Mrs. Harrison C. Conners, 4918 North Meridian Street, Indianapolis, Indiana. Esas son también mis señas ahora. Creo que para ella será un placer ayudarle. Nadie sabe dónde está mi hermano Frank. Desapareció justo después del funeral de mi padre, hace dos años, y desde entonces nadie ha tenido noticias suyas. Que sepamos nosotros, es posible que ahora esté muerto.

«Yo sólo tenía seis años cuando lanzaron la bomba atómica sobre Hiroshima, de modo que todo lo que recuerdo de aquel día son cosas que otras personas me han ayudado a recordar.

«Recuerdo que estaba jugando en la alfombra de la sala de estar, al otro lado de la puerta del estudio de mi padre en Ilium, Nueva York. La puerta estaba abierta y podía ver a mi padre. Llevaba pijama y bata. Estaba fumando un puro y jugaba con un redondel de cuerda. Aquel día, mi padre se

quedó todo el día en casa, en pijama, y no fue al laboratorio. Se quedaba en casa siempre que quería.

»Mi padre, como probablemente usted sepa, pasó prácticamente toda su vida profesional trabajando para el Laboratorio de Investigaciones de la Compañía General de Forjas y Fundiciones de Ilium. Cuando surgió el Proyecto Manhattan, el proyecto de la bomba, mi padre no quiso abandonar Ilium para trabajar en este proyecto. Dijo que no trabajaría en el proyecto, a menos que le dejaran trabajar donde él quisiese, lo cual muchas veces significaba en casa. Al único lugar donde le gustaba ir, fuera de Ilium, era a nuestra casita de campo en Cape Cod. Y fue en Cape Cod donde murió. Murió en Nochebuena. Probablemente también sepa usted esto.

»En fin, yo estaba jugando en la alfombra, fuera de su estudio, el día de la bomba. Mi hermana Angela me ha contado que yo solía jugar con camioncitos de juguete durante horas y horas, haciendo el ruido del motor, haciendo "ruun, ruun, ruun" todo el tiempo. De modo que me imagino que yo estaba haciendo "ruun, ruun, ruun" aquel día, y mi padre en su estudio, jugando con un redondel de cuerda.

»Da la casualidad de que sé de dónde procedía la cuerda con la que mi padre estaba jugando. Quizá pueda usted ponerlo en alguna parte del libro. Mi padre cogió la cuerda con la que estaba atado el manuscrito de una novela que le había enviado un preso. La novela trataba del fin del mundo en el año 2000, y el título del libro era *2000 d. C.*. Hablaba de cómo unos científicos locos fabricaban una bomba que arrasaba el planeta entero. Al enterarse todo el mundo de que llegaba el fin del mundo, se organizó una gran orgía, y entonces, diez segundos antes de estallar la bomba, aparecía el mismísimo Jesucristo. El autor se llamaba Marvin Sharpe Holderness, y le contaba a mi padre, en una carta adjunta, que estaba en la cárcel por haber matado a su hermano. Le enviaba el manuscrito a mi padre por-